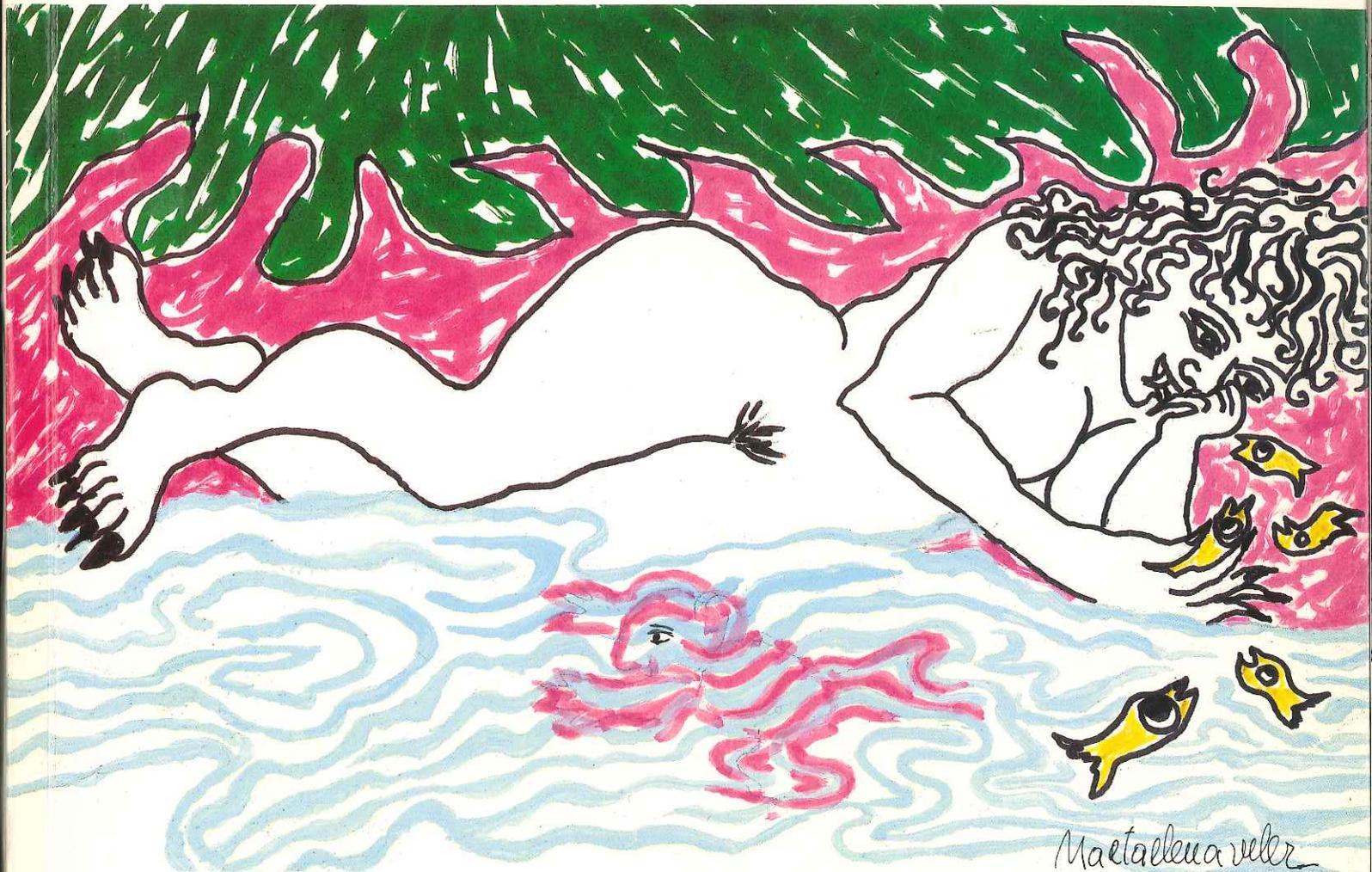
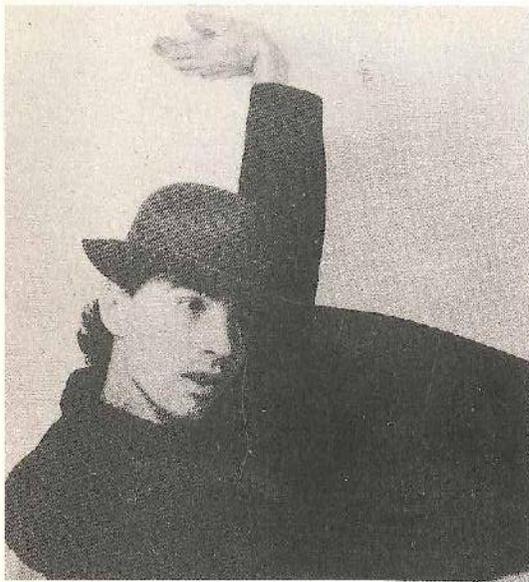


Jorge Holguín Uribe



Madreselva

Ilustraciones
Marta Elena Vélez



Jorge Holguín Uribe

Matemático, coreógrafo y escritor, ha publicado los siguientes libros:

Giorgio I (Tiras no-cómicas)

1a. Edición. Copenague 1988.

2a. Edición. Bogotá 1988.

Fútbol en las Nubes.

Cuento de Navidad. Bogotá 1988.

**Mariela de los espejos
y otros cuentos.**

Bogotá 1988.

Danzas Privadas.

(Manual de Rituales).

1a. Edición. Vancouver 1981.

2a. Edición. T.V. danesa.

Copenague 1985

3a. Edición. Bogotá 1989.

Giorgio II, (Tiras no-cómicas)

Bogotá 1989 (en preparación).

**San Jorge de Caramelo
o la Virgen Voladora**

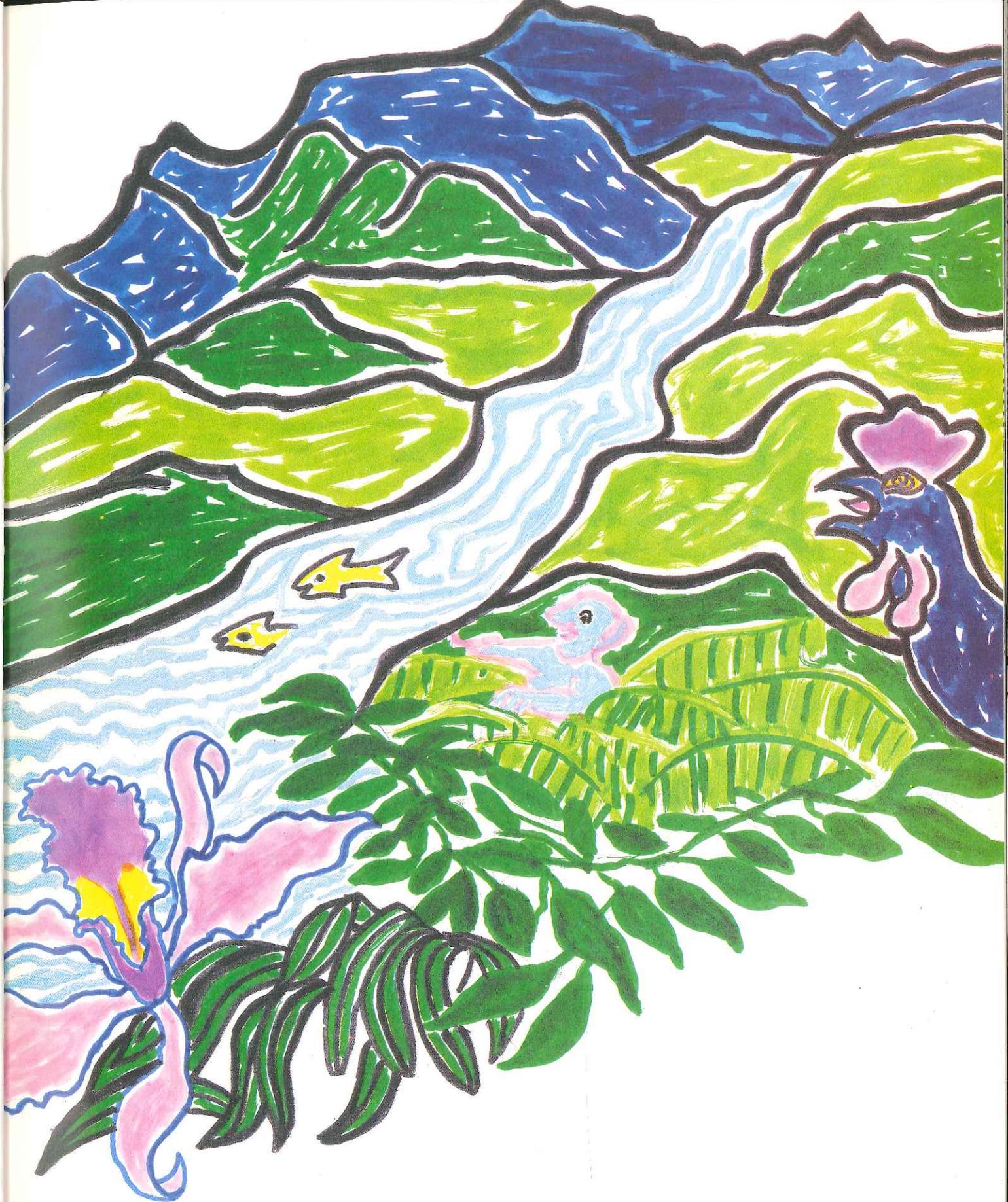
Bogotá 1989 (en preparación).

Madreselva

Jorge Holguín Uribe

**Ilustraciones
Marta Elena Vélez**

**Dedicado a
Agustín Jaramillo Londoño**



Maiteauea veller

Madreselva

Se despertó al caerle una pepa de mango que un pájaro arrojó desde un árbol. La fruta le dio en la nariz y le resbaló hasta la boca. Estuvo chupándola un buen rato en el sopor del amanecer. No sabía cuanto tiempo había pasado. Un día. Tal vez muchos. Escupió la pepa y se relamió aún más al recordar el almuerzo que se había comido y la sobremesa de papayas que le había dado un sueñito delicioso, tan rico que se había echado a la sombra, sobre una roca cubierta de musgo fresco. Con el arrullo de la quebradita se había quedado profunda enseguida.

Pero el susurro de la quebrada ya no se oía; había un ruido enorme como de un tropel de animales grandes que bajaran por la ladera rompiendo la tierra con sus patas.

Ella quería mirar el río, pero había dormido tan largo que se sentía entumecida. Hasta tenía una pata tiesa. Trató de abrir el ojo que le quedaba, pero estaba cubierto de lama y rémoras de montaña. En el otro le había retoñado una mata de orquídeas desde niña.

Rasguñándose la cara contra una pedazo de roca se quitó la lama del ojo. Lo abrió lentamente. Una hormiguita cruzó el horizonte cargando una hojita verde. Sonrió y de un lengüetazo se comió el insectico y toda la hilera que lo seguía. Masticó lentamente gozando las cosquillas que las paticas le hacían en la garganta.

Logró arrastrarse hasta el acantilado y atisbar a ver qué era el ruido que bajaba. Nunca había visto tanta agua. Ni tan rápida y espumosa. La quebradita que la había arrullado un día y donde solía ir a pescar, se había convertido en un caudal enorme y hasta peligroso. También vio que las plantas bajo las cuáles solía cazar gusanos habían crecido tanto que oscurecían el cielo.

- "No puede ser" pensó asombrada mientras se rascaba la pata tiesa. Al lastimarse la mano, constató asustada que una de sus ancas se había vuelto de madera, como un árbol lleno de ramitas. La otra extremidad sí era de carne y hueso, aunque estaba un tanto sucia y cubierta de bichos. Dobló la pierna buena bajo su cuerpo y equilibrándose con el tronco que le salía de la cadera, comenzó a levantarse lentamente.

Ahora sí podía ver toda la selva y todo el cauce y parte del ciclo. Cómo brillaba aquello! Qué enorme era el río y qué formas tan bonitas hacía, como un baile de animales que termina en estampida. Comenzó a mover las manos imitando los remolinos del agua, cada vez más rápidos y grandes, batiendo los brazos sobre la cabeza. Las uñas se le enredaron en la hojarasca de su pelo, perdió el equilibrio y cayó de para atrás. Qué risa le dio: cuando ella reía los toches y las mirlas, los petirrojos y los azulejos dejaban de volar de la sorpresa.

La Madremonte había nacido cuando el mundo casi no existía. Cuando las montañas eran planas y las rocas eran blanditas. Todo parecía estar moviéndose y le había sido difícil encontrar un lugar seguro donde no se hundiera o no se la llevara una repentina corriente de barro.

Qué hambrunas pasó en aquellos comienzos. No había ni mangos, ni papayas, ni guanábanas, ni plátanos. Ni hablar de zorras suculentas ni de las tortugas que tanto le gustaban pues



Maetaekua veller

venían con bandeja y todo. Lo único que había eran piedritas, las cuales masticaba lentamente hasta que se le deshacían en la boca. Cuando tenía sed se tomaba una manotada de lava caliente.

Ahora, qué dicha tan grande, tenía todo ese río que se podía beber entero si le daba la gana. El mundo había mejorado mucho. Recordaba los primeros animales que vio; grandes y pesados e imposibles de digerir. Tanto así que una mañana le había tocado dejar podrir un saurio que había matado de un zarpazo. Eso sí le sorbió las tripas sin pensarlo dos veces.

Un día la tierra comenzó a cubrirse de verde. Ella no entendía muy bien lo que pasaba pero gastaba mucho tiempo arrumando hojitas mientras miraba como crecían las plantas a su alrededor. El lodo empezó a aclararse como un caldo hasta que perdió todo el color y se hizo fresco y cristalino. Lo que más le gustaba era la lluvia; se tendía con la boca abierta y dejaba que se le llenara de agua; una vez casi se ahoga pues se quedó adormecida en plena tempestad. Desde aquel entonces se metía en un hueco cuando el cielo comenzaba a ponerse gris.

Otro día pasó la tarde escuchando el sonido del río. Al atardecer sonaron los grillos y el cielo se cubrió de nubes. Empezó a llover pero ella en vez de meterse en la cueva, se puso a bajar el despeñadero. Se arrastraba agarrándose de las matas para no ir a rodarse. La pierna de madera la sentía muy húmeda y pesada y a veces se le enredaba en los matorrales.

El agua estaba fresca. Bebió acurrucada en una roca de la orilla. Pero pronto tuvo que subirse a otra pues la corriente era cada vez más oscura y más rápida y crecía y crecía. Qué de arabescos y chapuzones hacía el río y ella contestaba con carantoñas y zarpazos. Las olas rodearon el peñasco y el agua comenzó a mojarle el pie y luego la rodilla y la cadera. Ella se aferraba a la piedra para no dejarse ir y le gritaba al agua para que se estuviera quieta.

Recobró el sentido a los tres días, tirada sobre una playita de arena, río abajo. No recordaba mucho, sólo que la crecida de animal se la había devorado y que en las profundidades que se la engulleron se escuchaba el alma del río, el Mohán. Y que había estado muy contenta dando vueltacanelas y bebiendo.

Se sentía rara, mareada pero feliz y no tan sola como antes. Ahora el río Mohán le acariciaba la cara con los mil goterones que brincaban al estrellarse las olas contra la playa.

Se quedó varios días ahí tirada. Cuando salía el sol, se extendía para recibir el calor y al anochecer sobreaguaba en la orilla. Se dormía en los brazos del río. Su desayuno eran los pececitos que amanecían somnolientos en la ribera.

Engordó muchísimo y en la pierna de palo le retoñó una cosa rarísima; parecía una cabeza con ojos que la miraban y se reían de ella. Pero la Madremonte se volteaba para el otro lado y no le hacía caso. Eso sí, la pierna se le hinchaba cada vez más y le dolía tanto que no se podía mover. El río le seguía trayendo pescaditos atontados y después de comérselos ella pasaba el rato limpiándose la lama con las espinas.

Una carcajada la despertó una mañana. Al abrir los ojos vio a un extraño personajito con una enorme boca abierta y sin dientes. Además tenía unas orejas inmensas y piernas y brazos regordetes. Ella estaba segura de que conocía esa cara y al tocarse la pierna de madera, ahora casi hueca, se dio cuenta de que el chiquillo de la boca abierta y que se reía tanto que levantaba remolinos de arena, era su retoño. Ella hubiera preferido que le naciera otra linda orquídea, pero ya que había sido este muchachito, decidió cuidarlo bien para que creciera fuerte y sano.

Pero no crecía, aunque se comía todos los pescados que el río traía y ajustaba con mangos que él mismo bajaba de los palos, el hombrecito jamás creció. Tomó un color azulado que se tornaba violeta cuando se mojaba. Comía, se reía, dormía y a veces nadaba en el río. Al principio la Madremonte sintió miedo de que se le fuera a ahogar, pero se dio cuenta de que los remolinos del río revolcaban al duendecito sólo por jugar y porque lo querían muchísimo. El agua le hacía dar mil botes, lo arrimaba a una roca para que tomara un poco de aire y volvía por él para hundirlo patas arriba, volverlo a sacar volando por el aire y recibirlo de un chapuzón en medio de risas. La Madremonte nunca había visto al río tan feliz como en ese tiempo. Con la hojarasca que caía de las palmeras, ella le hizo al muchachito azul una paruma y un sombrero grande de hojas. Al principio él no quería ni oír hablar de ponerse ese disfraz, pero cuando el río lanzó una carcajada y murmuró que con esa vestimenta parecía una mata de plátano con pies, al hombrecito le gustó la idea y jamás se quitó su ropaje. Ni para lavarlo.

El Duendecito se escapaba cada vez que podía. Esperaba que el Mohán y la Madremonte se distrajeran y pasito, pasito, se metía selva arriba. Cazaba luciérnagas con el sombrero y al llegar a la cima del monte las soltaba todas en una nube de luz que se le hacía de lo más lindo que había visto. Bajaba la otra



Maetalleu veler

ladera de la montaña, dando botes y saltos entre los matorrales. La gente no lo asustaba, más bien al revés. Cuando se encontraba un arriero en mula por el camino se ponía a reír tanto que la boca le llegaba a los ojos. Las mulas salían al trote y el arriero a toda carrera para escapar de la aparición de las encías desdentadas. El Duende se recobraba al rato del ataque de risa y seguía bajando la montaña hasta llegar a las fincas. Sin hacer ruido se metía en los establos y enredaba las sogas con unos nudos muy complicados. Le gustaba asomarse por las ventanas y mirar a los niños durmiendo e imaginarse que jugaba con ellos a los escondites en el platanal. Estaba seguro de ganar con su disfraz de mata de maduro. Pero cada vez que se le aparecía a un muchachito, ya fuera en el camino o por la siembra, éste corría para la finca a esconderse debajo de la cama.

-“Como eres tan tonto se te apareció el Duende”, le decía la mamá. “Agradece que no te agarró cuando sacaste malas notas en el colegio”. Y el niño lloraba. El Duende se quedaba solo pero no lloraba pues no sabía cómo, sólo podía reír. Entonces se ponía a pensar en qué otras pilatunas les podría hacer a los campesinos, y se consolaba.

Una vez volteó todas las matas de la ladera. Las dejó con las raíces al aire y las ramas dentro de la tierra y escondido atisbó a ver que cara ponía el agricultor. Cuando éste llegó se quedó muy sorprendido y abrió tamaños ojos. Estuvo un rato tratando de dilucidar qué le había pasado al cafetalito y cuando se dio cuenta le entró un escalofrío y salió corriendo para el pueblo a pedirle consejo al cura. Tanta risa le dio al Duende que las carcajadas lo botaron al suelo y se fue rodando por la maleza monte abajo, cada vez más rápido y cuando ya iba a llegar a una quebradita, se engarzó en una alambrada de púas. Ahí quedó colgando sin poder zafarse. Lanzaba gritos y pedía ayuda pero nadie venía a desenredarlo.

La Madremonte se cansó de esperar al duendecito. De pronto vio un bote de pescadores que subía río arriba. Eran tres hombres con sombreros de paja navegando en una piragua hecha de tronco de árbol. El más joven empujaba la canoa con una pértiga que se hundía en el lecho de barro. Iba lento y sudoroso escuchando los chistes de sus compañeros y aunque trataba de reír no podía pues el esfuerzo le fatigaba la cara. La Madremonte se escondió detrás de un árbol al ver que el muchacho torcía la boca y hacía girar el bote para llevarlo a la orilla. Allí clavó la vara por última vez y brincó a la arena. Ella los vio descargar unos costales, cocos y hasta un caldero.

Se instalaron bajo el sol del mediodía y el más viejo prendió una hoguera, llenó la olla de agua y se puso a cocinar un viudo de pescado, que de lo delicioso que olía la Madremonte comenzó a lanzar quejidos.

-“Un chigüiro”, gritó el boga al oírla. “Ya tenemos para la comida”. Y agarrando un lazo, se internó en la selva. La Madremonte lo vio venir y se quedó quietecita. El muchacho casi le pisa la nariz pero siguió de largo sin verla pues el musgo que tenía por piel la disimulaba contra la tierra. Al rato estuvo de vuelta y se sentó en la playa junto a sus compañeros. Se comieron unas yucas, un plátano verde y unos trozos de pescado de lo más ricos.

Luego, mientras echaban la siesta ella se aventó a ir a mirar si habían dejado algo de comida. Salió de su escondite y se deslizó por la playa. Metió la cabeza en la olla y lamió hasta la última astilla de yuca. Qué bueno estaba aquello! Pero el pelo se le enredó en la manija de la paila y se quedó atascada. Al principio trató de zafarse de a poquitos y calladita, pero al rato empezó a dar tirones y gritos. El palo que sostenía la olla se vino sobre las brasas. Los hombres se despertaron con el ruidajo que se armó, justo cuando la Madremonte salía a rodar playa abajo con la olla embutida hasta el cuello.

-“Ladrón, ladrón”,- gritaron tirándole cocos y piedras. Pero ella se siguió alejando hasta que cayó al río y el peso del hierro la hizo hundir. Los hombres le seguían tirando piedras desde la orilla, pero el agua ya la había escondido en un remolino que la llevó corriente abajo y la depositó en un tronco que flotaba en la ribera. La Madremonte respiró ya libre, le hizo un guiño al Mohán, llegó hasta la playa y se internó en la selva para hacerle la siesta al almuerzo.

Un ruido enorme la estremeció y con ella a toda la montaña. Había sonado como la crecida del fin del mundo. Pero luego, sólo se oyó un río quejumbroso y adolorido, con la superficie cubierta de pescados con las agallas dinamitadas, que flotaban de lado como si estuvieran asoleando sus barrigas blancas. La Madremonte vio a los tres hombres recoger los cadáveres con las redes y llenar siete costales que cargaron en la piragua. Cuando se alejaron corriente abajo al atardecer, salió de su escondite y se acercó al agua que estaba roja de sangre al sol. El Mohán se lamentaba herido y desconcertado. Ella se quedó allí varios días acariciándolo y susurrándole cosas hasta que poco a poco el caudal se fue haciendo fuerte otra vez y el río bajó de nuevo con confianza. Pero en lo más profundo de sus corrientes había quedado el recuerdo de la dinamita.

El día que volvió el Duende, el río se puso contento de



Marta Elena Vela

verdad. Los dos pasaron muchas horas jugueteando y riendo mientras la Madremonte los miraba desde la orilla. El Duendecito contó todas las travesuras que había hecho montaña arriba y montaña abajo y cómo había quedado colgando de la alambrada, hasta que una vieja a punta de escobazos lo había liberado de las púas. El se había vengado de los batacazos amarrándole las colas a las vacas y volteando uno que otro papayo. La Madremonte y el Mohán rieron hasta el amanecer y se durmieron abrazados cuando ya salía el sol.

El Duende fue el primero en ver la piragua que subía. Cuando la Madremonte se despertó reconoció a los tres pescadores que habían hecho explotar el río. El Mohán también se despabiló y comenzó a sentir la barca sobre sus aguas y a darse cuenta de la presencia de los pescadores. Siguió desperezándose más y más hasta que su tranquila superficie se convirtió en un remolino que se tragó la barca.

Los cuerpos ahogados resurgieron al mediodía y fueron arrastrados por la corriente a los pies de la Madremonte. Esa fue la primera vez que ella comió carne humana. El Duendecito prefirió coger tres mandarinas e irse a jugar con el Mohán. Pero era la primera vez que el río ahogaba, y por mucho que el muchachito le hizo carantoñas y jugarretas, no logró hacer sonreír al agua.

El Duende desconocía a la Madremonte. Ella se pasaba ahora el día husmeando los caminos de herradura a ver si encontraba más carne rosada, pero los arrieros se iban muy rápido con sus mulas y ella no lograba atraparlos. Cada noche volvía a la ribera y se lamentaba de su suerte, maldiciendo la pierna de palo que no la dejaba correr ni ser ágil entre las ramas. Así y todo, su fama de perversa y carnívora se esparció por la montaña y llegó hasta los pueblos y ciudades donde los profesores de escuela amenazaban a los niños que cometían faltas de ortografía con el cuento de que dizque la Madremonte los iba a sancochar.



Maetaleuaviler

El río también se volvió un peligro, ahogaba pescadores y paseos de colegio enteros. Cuando se crecía tumbaba ranchos e inundaba sembrados y caminos. Hasta arremetió con un puente del ferrocarril y tanto retorció el hierro de la construcción que muchos trabajadores gastaron muchos días para alisarlo de nuevo.

El Duende se fue a recorrer con ánimos de no volver jamás. Subió dos montañas, bajó tres y llegó a un valle lleno de finquitas. Como ya era tarde y tenía hambre se metió por la ventana de una cocina y se comió unos choricitos que se estaban friendo en la sartén. Se hallaba a punto de comenzar con la paila de frisoles cuando oyó unos pasos. Escondido tras la alacena vio entrar a una señora y a su hija. Las dos se sentaron a comer.

-“Qué hiciste con los chorizos?” preguntó la mamá.

La niña dijo que estaban ahí en la sartén.

-“Pues ya no están”.

-“Ahí los puse”, contestó secamente la joven.

La mamá le replicó que no le creía pero la niña se quedó muy seria y no dijo nada.

El Duende seguía escondido muy formal. Ni se inmutó cuando las oyó quebrar panela y ponerse a mordisquearla.

-“Si sigues mintiendo así”, dijo la mamá, “te va a castigar la Madremonte”.

La niña se chupó los dedos pegotudos y le contestó que no echara cuentos de viejas y que se iba a pasear al río.

-“No sé qué tanto haces allá. Algo malo te va a pasar un día de estos”, dijo la madre.

El Duende esperó pacientemente a que la señora lavara los platos, pusiera un quesito a desalar, se arreglara la moña frente al espejito del rincón y saliera de la cocina. Entonces

empujó una silla con despacio, se encaramó a la mesa y estuvo un buen rato columpiándose en el chuzo donde colgaban la carne salada. Se metió el quesito bajo el sombrero y salió por la ventana. Al cruzar el patio a la carrera volteó tres materas de begonias pero logró salir de la casa sin ser visto.

La niña estaba junto al río y parecía esperar a alguien que no llegaba y no llegaba.

Al dar la hora de dormir el Duende, usando el quesito cómo almohada, se quedó profundo en tres patadas.

La noche pasó oscura, rápida y sin luna. Hasta el raspar de los grillos parecía haberse acelerado... Algo habría de acontecer al día siguiente.

El amanecer vino a tolondrones y el Duende se despertó con un sabor a chorizo en la boca. Se desayunó el quesito y bajó al río con ganas de beber.

La bruma aún cubría buena parte del agua, pero a lo lejos sobresalía el sombrero de un boga. Subía lenta y pausadamente, apoyando su pértiga ya en una roca, ya en el lecho de greda.

El Duende sabía que fuera de los cocos que cargaban en sus barcas, los bogas no traían nada bueno. Sin embargo se quedó espionando al hombre mientras éste llevaba el bote hasta el desembarcadero, amarraba la cuerda de un tronco y saltaba a tierra. Lo vio acucillarse bajo un árbol y encender un cigarro por el revés.

Los bogas fumaban sin prisa. Subían la corriente empujando penosamente sus barcas cargadas de plátano, sal, pescado y todo lo que se daba al borde del agua. Algunas veces llevaban pasajeros muy estropeados por el largo viaje o pianos

de cola y hasta plantas eléctricas. Paraban a almorzar en la ribera y sólo abrían la boca para fumar, comer, bostezar y rezarle a la Mano Poderosa antes de volver a embarcar. Les gustaba jugar a los dados y eran capaces de matarse entre ellos si no estaban de acuerdo sobre las reglas del juego.

El Duende se embobó mirando las nubecitas negras que salían del cigarro y ascendían por el platanal como señales de humo.

Al rato apareció la niña, bajaba cautelosamente por la plantación. Una vez juntos, ella y el boga, se dieron besos y abrazos y se acurrucaron muy sabroso.

El Duende se aburrió de mirarlos y se volvió para la finquita. La mamá estaba cosiendo en una tela roja y parecía muy brava. Claro, había descubierto el robo del quesito.

El Duende juguetecó con una palma mientras pensaba qué hacer. Las tejas de la casa se veían muy ordenaditas, de pronto sería una buena idea barajarlas como un naipe y regarlas por todo el patio. Sonrió al ocurrírsele que más bien iba a cuadrar los anturios con las tijeritas del costurero.

La señora seguía cosiendo y lamentándose. Qué esa hija mala, qué por aquí, qué por allá. Al terminar el vestido guardó la aguja y todos los implementos en una canastica y se dirigió al maizal. El Duende dio tres botes y se le adelantó como una ráfaga de viento. La vio llegar al puerto para decirle a la niña que se viniera a medir el vestido. Pero se quedó un rato mirando el bote amarrado a un tronco y llena de sospechas se internó en la selva. Encontró a la hija sentada sobre una pila de hojarasca con el boga al lado. Estaban saboreando pepas de guama que se pasaban de boca en boca. La niña vio a su madre y se coloreó más que el vestido que ésta le traía. Salió a todo correr gritando dizque "cuánto vamos a que no me alcanza, vieja boba". El boga



Maatakkua veltz

siguió ahí sentado gozando de la escena y de la fruta.

La niña subía rápidamente a la montaña pero la señora no se quedaba atrás, poco a poco —con la fuerza de la rabia tal vez— fue alcanzando a la joven. Esta se vio atrapada y lo único que se le ocurrió fue darle un guamazo a la madre en la cabeza. La mujer perdió el equilibrio, puso un pie en falso y cayó; rodó ladera abajo, golpeándose contra troncos y rocas.

Llegó a la playa envuelta en el traje rojo, ya muerta. El boga y su barca habían desaparecido.

En ese momento comenzó a ocurrir una cosa de lo más rara. Los pájaros salieron en revuelo, pero el río y todos los animales de a pie dejaron de correr. La montaña se estremeció como si la Madremonte se estuviera lamentando y al rajarse la tierra brotó una nueva quebradita de aguas oscuras. Los yarumos y los sietecueros se mecieron misteriosamente, como queriendo atrapar y enredar con sus ramas a la niña que lloraba del miedo, mirando a su madre cubierta de rojo. Al igual que la ladera, la falda de la muchacha se rasgó y el Duende pudo ver cómo le empezaba a crecer piel entre las piernas, piel que se fue juntando en el centro hasta que la joven cayó de bruces. Al tratar de levantarse volvió a perder el equilibrio y se dio cuenta de que las dos piernas se le habían unido. Volvió a caer, esta vez entre gritos y palabras feas, y sobre un reguero de orquídeas marchitadas que habían medio retoñado por entre la hojarasca.

El Duende no entendió muy bien lo que había pasado pero la muchacha lloraba tanto y era tan visible su desnudez que le acercó el traje rojo. Ella apenas lo miró y poca cuenta se dio de su presencia, pero se acomodó el traje.

El río reanudó su camino y todos los animales volvieron a la vida y pegaron carrera para alejarse de la Patasola.

Al Duende le dieron ganas de pedirle que se fuera a recorrer con él, pero en vista de que la Patasola no podía ni caminar como Dios manda, decidió quedarse callado y proseguir su andar solitario. La dejó abrazada contra un palo de guayaba ensayando unos brinquitos bastante indecisos que más que llevarla a algún sitio, tumbaban las frutas de las ramas.

La quebradita de aguas oscuras creció con el paso del tiempo hasta convertirse en un torrente sucio que envenenó la salida del río al mar. No volvió a haber subienda.

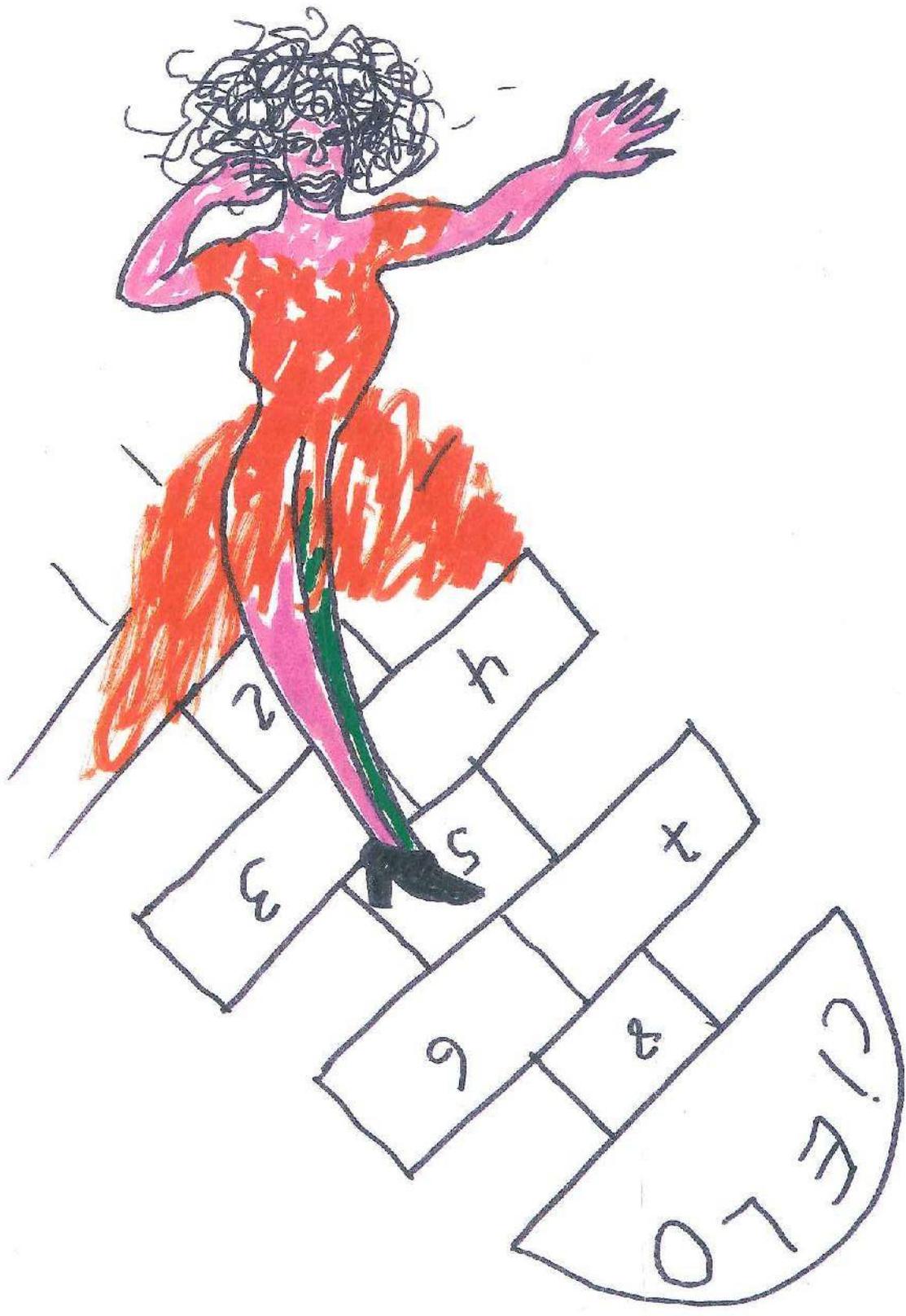
Muchas familias pasaron hambre y maldijeron la soberbia de la Patasola a quién le atribuían lo que había pasado. El Mohán también sufrió mucho y se habría muerto de la soledad si la Madremonte no se hubiera puesto a tirar hojas secas sobre la superficie para que parecieran peces amarillos. Pero otras corrientes de agua sucia comenzaron a bajar las laderas para desembocar en las entrañas del Mohán. Era como si cada cosa mala que sucedía en la comarca se convirtiera en agua de alcantarilla que enfermaba el río.

Mientras tanto el muchachito azul subía y bajaba más montañas; tantas que ya no podía contarlas con los dedos de las manos.

Evitaba las carreteras y los pueblos, prefería irse por los matorrales o vadeando las cañadas. Los domingos se bañaba en algún recoveco escondido y como con el agua su piel se tornaba violeta, los que volvían de misa creían que era un obispo en miniatura.

A la Patasola no se la volvió a encontrar, pero supo que salía a asustar por los caminos y que los arrieros desde lejos creían que era una niña jugando golosa. Al acercarse les entraba pánico al darse cuenta de que no tenía sino una pierna enorme, la cara sucia, el pelo en greñas y un vestido rojo de fiesta. A los enamorados que se metían en la montaña les tiraba con guayabas podridas y los perseguía gritándoles cosas muy feas. Jamás logró alcanzar a nadie porque se enredaba el único pie en el ruedo del vestido.

Al Duendecito azul le dio por ganarse unos pesitos un día. Quería comprarse una ruana pues cuando hacía frío por la



Maetaakua vika

noche se ponía a tiritar tanto que no podía dormir. Amanecía en-
guayabado y con las hojas del vestido casi congeladas. Cómo
deseaba una ruanita de esas que los arrieros se cuelgan al
hombro con tanto desparpajo. Un carrielito no le vendría mal
tampoco; allí podría guardar las piedritas de colores que recogía
y uno que otro mango biche.

Se puso a pensar requetefuerte a ver cómo podría ganar
plata. Se le ocurrió que tal vez si la pedía se la daban. Se instaló
una tarde a la entrada de un pueblo, recostado en una gran cruz
de madera contra la cuál los escolares practicaban el tiro con
cauchera durante los recreos. Se alisó el sombrero y la paruma
y atisbó el camino.

Un campesino se acercaba enrollando un cigarro.

-“A ver si le sobran unos pesitos por ahí”. El campesino
levantó la vista, se detuvo, le pasó la lengua al cigarro y se echó
a reír.

-“Así como sobrarme sobrarme, no”. Y fijándose más el
hombre le notó el color al Duende. “Pero si pareces en carnaval...
Uy que color tan maluco”.

-“Adios señor”. Le gritó el Duende tratando de taparse la
barriga azul con el vestido.

Y así se pasó la tarde, pidiéndole plata a todos los que
pasaban. Pero los que no se carcajaban se asustaban al verlo
tan chiquito y tan azul —y tan junto a la cruz— y apresuraban
el paso.

Ya al anochecer se acercó una viejecita muy encogida y tan
lenta que el Duende se puso a bostezar esperándola.

-“A ver Misiá, si no tiene alguito por ahí que me pueda dar”.

-“Qué hace usted, mijito, a estas horas de la noche y en este sitio tan desamparado?” El Duende la embolató contándole un cuento de lo más rebuscado según el cuál lo habían echado de la casa por tomarse un frasco de tinta azul y que por eso tenía ahora la piel de ese color. Y como si eso no bastara, tenía una hambruna de Padre y Señor mío pues hacía tres días que no comía.

La viejita -muy cándida ella- se tragó todo el cuento así a secas y le dijo: “Mucha platica no tengo, estas moneditas te las doy pues como yo soy tan ciega no las distingo bien. Mejor las coges tú para que no me las robe el tendero al sumarme lo del mercado. A lo mejor te sirven para comprarte un hueso de sopa”.

El muchachito le agradeció los centavos con mil aspavientos y le deseó las tres gracias y la salvación eterna. Como ya estaba bien oscuro se durmió ahí, colgando cabeza abajo de uno de los brazos de la cruz.

Se fue para el pueblo apenas amaneció y se sentó a esperar a que abrieran la cacharrería. A eso de las nueve llegó el tendero, que quién sabe en que parranda había estado la noche anterior pues tenía los ojos en la nuca. Abrió las puertas, barrió el frente que daba sobre la plaza y se puso a colgar unas ruanas y unos carrieles de lo más lindos en los ganchos de afuera. Al Duende se le salieron los ojos de la dicha. Preguntó cuánto costaban y se puso a contar sus moneditas pero eran tan poquitas que se tupió de la vergüenza de ser tan pobre. Cuando el muchachito azul se colorea adquiere un tono púrpura de lo más perezoso.

-“Ave María qué cara tan fea tienes, o scrán los aguardientes de anoche que me están trastornando”, exclamó el tendero.

-“Debe ser el traguito, seguro. A ver señor, cuánto vale ésto y cuánto vale aquello y cuánto lo de más allá”.

Después de mucho negociar el Duende compró tres canasticos y una esterita y se hizo encimar una cocada. Se sentó en una banca del parque y se enmelocotó hasta el alma azul comiéndose su dulce. Se quedó quietecito haciendo la digestión y repasando el truco de magia que pensaba representar en la plaza para ganarse unos billetes de los grandes.

Cuando se sintió listo, metió un canasto dentro del otro de manera que parecieran uno y no tres. Escogió un sitio en la plaza, frente al bailadero dizque "de las Palmeras". Estaban tocando una música tan linda en la pianola del bar que demás que conseguiría público para su acto. Colgó la esterita entre dos árboles —pues palmeras no había sino las pintadas en las paredes— se aclaró la voz y comenzó una gritería ensordecedora.

- "Señoras y señores, están ustedes en presencia del gran presti... prestigi... en fin; del gran mago de muy lejos. Les voy a mostrar ahora un truco que los va a dejar alelados".

Sorprendidos los pocos clientes que había en el bar pidieron la cuenta y se fueron a otra cantina. El Duende siguió sin mosquearse: "Los señores y las señoras se darán cuenta de que aquí tengo un canastico, uno solo!" El Duende señaló con su dedo azul: "Observen pues, coloco el canastico detrás de la estera..." y dicho esto se metió detrás del telón de paja y se puso a hacer gestos dramáticos para disimular que estaba sacando los tres canastos uno de entre el otro. "Aquí tienen ustedes, el primer canasto", salió de un brinco y lo puso frente a la estera. Se volvió a meter detrás, hizo más gestos y gritó: "El segundo!" Lo colocó al lado del primero y volvió a desaparecer tras el telón. Se aprestaba a comenzar los movimientos necesarios para producir el tercer canasto cuando apareció el dueño del bar con una cara como de muy caliente.

- "A ver niño, cómo es el cuento de los canastos?"

El Duende lo miró con miedo pero se aventó a explicarle los pormenores del truco.

-“Pues será una maravilla de magia pero lo que hiciste fue espantarme la clientela”.

-“Mire usted...” y ahí se larga el Duende a embobar al señor con una retahíla que ni sermón de Domingo de Ramos; le describió a la Madremonte, lo asustó con cuentos del Mohán y por si fuera poco le remató con la historia de la Patasola, fuera de eso le mentó la madre y le recitó el santoral y todas las fiestas patrias.

El dueño del bar lo miraba con la boca abierta y finalmente optó por darle cien pesos por la estera y los tres canastos mágicos, con la condición de que no volviera a ahuyentar a la clientela. El muchachito alisó el billete, se lo metió bajo el brazo y pegó carrera hasta la Cacharrería. Se compró la ruana más linda, blanca con dos rayitas azules a los lados y un carrielito con incrustaciones de plástico de muchos colores. Pero lo mejor fueron las cocadas, los sapos y los bocadillos que se hizo poner de ñapa para que el carriel no se viera tan aplastado.

El Duende salió del pueblo dando tumbos de la dicha, cogió el camino de herradura y se adentró en la montaña.

A eso de las cinco de la tarde le entró el hambre. Como empezaba a llover buscó abrigo dónde comer con calma y sosiego. Caminó un rato más hasta llegar a una casita derruida por los años y el clima. Se metió por la ventana y buscó el rincón más seco del lugar. Se tragó una docena de cocadas, tres bocadillos, todos los sapos de azúcar y unas galleticas coloreadas de rosado. Qué banquete el que se dio. Extendió la ruana sobre el suelo y usando el carriel de almohada se dispuso a hacer la digestión durante el sueño. Cuando, qué es lo que oye; el canto de un pájaro y unos sonidos como si alguien estuviera llorando. El Duende olió el peligro, recogió sus cositas y se encaramó en el zarzo. La puerta cedió y recórcholis qué espanto lo que entró. Era una mujer con el pelo casi hasta el suelo, en las manos llevaba una olla enorme y del cuello le colgaba un bulto como humano. La Llorona -pues no podía ser otra según las historias que el Duende había oído en su deambular- sollozaba muy triste y compungida. El Duende la observaba mudo. La mujer se arregló las greñas un poco, pero con ese despeluque que manejaba cualquier intento era inútil. Su maldición la mantenía tan ocupada que no hallaba el tiempo ni el instrumento para cortarse las mechass.

Hacía muchos años que la mujer ésta había dado a luz un niño; un nenecito muy saludable y formal que no lloraba casi y que ensuciaba los pañales a horas. El marido era un arriero y un día lo llamaron para que subiera un piano de cola que los bogas habían traído por el río y necesitaban despachar para la ciudad. La mujer se quedó sola muchos días pero no se aburría pues el niño era muy alegre. Los dos jugueteaban gran parte del día. Al atardecer ella recocinaba unos frisoles, le daba la leche al bebé y se acostaba a dormir. Pero con el paso de los días el niño comenzó a llorar más de lo debido y a orinarse por toda la casa; tanto así que ella resolvió envolverlo en un trapcador.

Cuando le trajeron la noticia de que su marido llegaba esa tarde, se dispuso a recibirlo con un agua de panela bien caliente con quesito y parva. Pero mientras ella se ajetreaba con los preparativos, el niño no hacía sino llorar. La cogió la noche mientras hervía el agua y raspaba panela con una mano, a la vez que sostenía al hijo con la otra. Algo muy tremendo debió haber cruzado el alma de la madre porque en un momento dado exclamó: "A ver muchachito, lo que quieres es que te dé un baño de agüita caliente". No había terminado de decir ésto cuando soltó al niño dentro de la olla de agua de panela hirviente. Ahí quedó el pobre, rojo como un tomate. Hirvió un rato y la mamá miraba las burbujas como idiotizada. Cuando se dio cuenta del crimen que había cometido se puso a llorar. Y no ha parado de llorar desde aquel entonces. Al marido casi la da un patatús cuando llegó al rancho. Se fumó un tabaco mientras sopesaba la situación y cuando ya llegaba la medianoche le dijo a su mujer:

- "Llévate el niño, la olla y este bulto de panelas y no vuelvas hasta que lo hagas revivir".

La mujer se colgó el hijito al cuello, agarró la olla y una cuchara de madera, se terció el bulto de panela a la espalda y salió muy compungida en la oscuridad de la noche. Caminó y

caminó zigzagueando por la selva sin rumbo fijo. En esas cantó el currucutú y ella sintió unas ansias enormes de calentar agüita para bañar al niño a ver si revivía. Recogió unas ramitas con las que hizo una hoguera, llenó la olla con agua de una quebrada, le agregó el dulce y puso el todo a calentar. Cuando ya hervía, sumergió al pobrecito y empezó a revolver con la cuchara de palo. Qué gemidos lanzaba la pobre mujer y cómo le corrían las lágrimas por los cachetes. Siguió cocinando hasta que el agua se evaporó y el muchachito quedó cubierto de melaza. Lo sacó de la olla, lo envolvió en un trapo y se lo colgó del cuello. Después cargó con el costal y la olla y prosiguió su camino. No había andado un trecho muy largo cuando el pájaro volvió a cantar y a ella que le volvieron a entrar ganas de bañar al hijo. Le tocó recoger más palos y conseguir agua y prender la fogata nuevamente. Sancochó al niño y cuando el agua terminó de evaporarse, lo envolvió en el limpión y siguió su caminar.

Así se le iba la vida y no le quedaba tiempo para hacer más. Se acostaba a dormir, la iba cogiendo el sueñecito y en esas el pájaro cantaba y le daba por bañar al niño; eso era lo que había venido a hacer al rancho en ruinas. El Duende vio todo desde su zarcito y se compadeció muchísimo al percatarse de que la desdichada no dejaba de llorar y de lamentarse. Era tanto el dulce que cubría al niño que casi no cupo en la paila, la Llorona hubo de embutirlo a golpes de cucharón. En un momento dado el fuego de la hoguera amenazaba incendiarle el pelo y la mujer tuvo que dejar de batir la olla y echarse las mechas detrás de las orejas.

El Duende le vio los ojos desleídos y ya sin color de tanto llorar. Las lágrimas bajaban a chorros por unas grietas que se le habían formado en las mejillas. Y de tanto moquiar tenía la nariz en carne viva. De la olla se escapaba un vapor con olor a dulce y a chicharroncito. Al Duende lo golpeó el olorcito y se

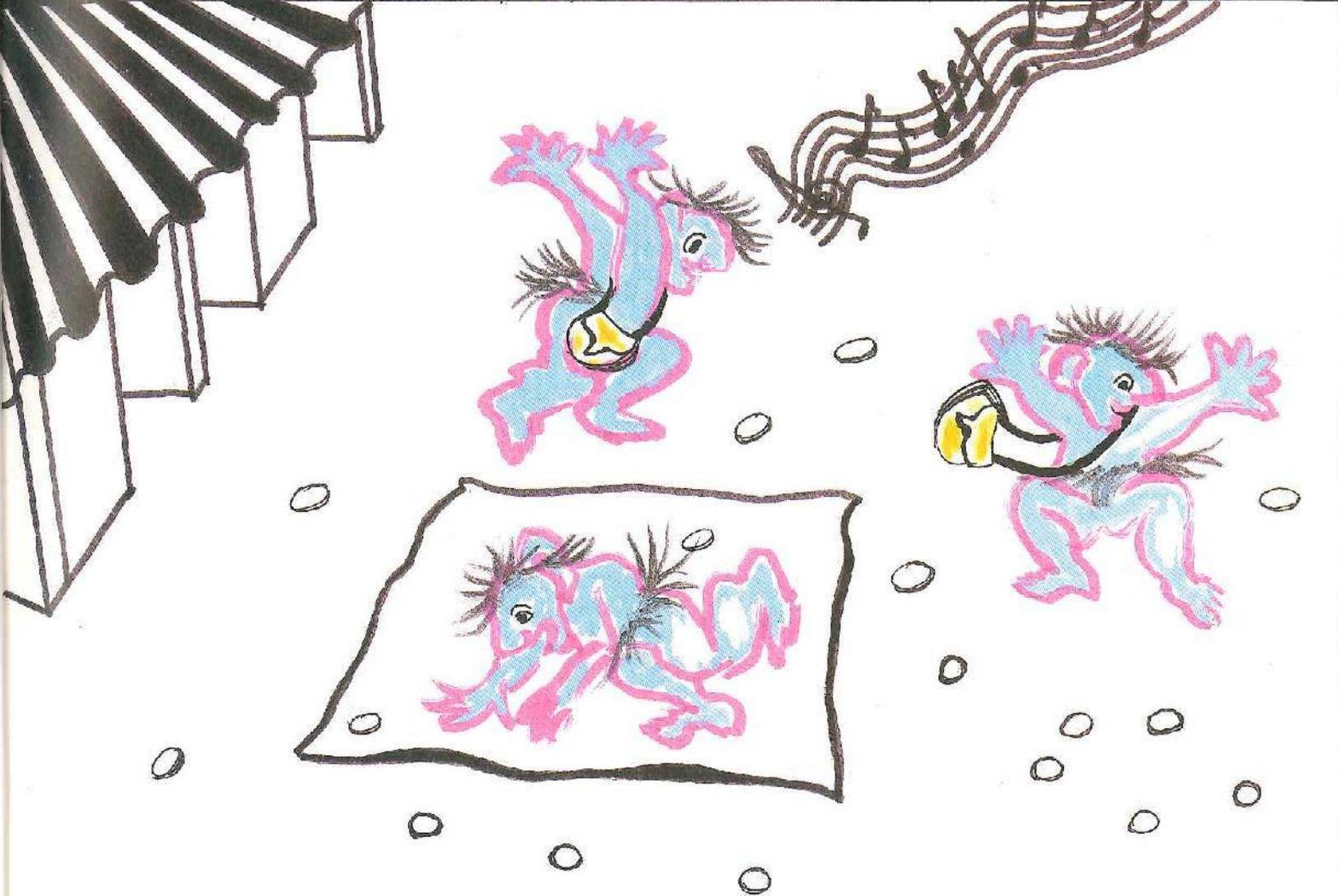


Maetelena viler

aprestó a comerse una cocada. Como no tenía práctica para abrir el carrielito nuevo trabó la chapa y se puso a forcejearlo maldiciendo en pensamiento. Aunque trató de no hacer ruido siempre fue que armó un escándalo que avisó a la Llorona a mirar hacia el zarcito. En menos que se dice “qué es esa vaina ahí encaramada”, recogió su equipaje de penitente y salió a perderse en la maleza. El Duende se quedó sentadito pensando en la suerte de la desdichada.

Otro día el Duende llegó a una estación de tren. El nunca había montado en tal animal pero le encantaba mirar las locomotoras exhalando humo, echando pitazos y haciendo mucho ruido. Lo que más le gustaba de las estaciones era la música que tocaban en las pianolas de los cafés. Se paraba en un sitio intermedio entre todos los bares, de manera que pudiera escuchar todas las músicas al mismo tiempo y se ponía a bailar todas las canciones simultáneamente. Se movía como un condenado; tirando los pies para un lado y la cabeza para el otro, marcando los compases con los brazos y haciendo caras; los ojos los trabajaba ya alegres y picarones, ya malévolos y tenebrosos. El faldellín y el gorrito trataban de seguirle el ritmo pero al no lograrlo se ponían a moverse en contrapunto. También voleaba el carriel y daba vueltacanelas sobre la ruana. Se tocaba la nariz con el trasero y daba un bote hacia la izquierda para terminar tieso parado en un solo pie. Ahí se detenía provisionalmente unos segundos y déle otra vez. Con este número recolectó público y muchas monedas. Sin embargo estaba en tal trance que no se guardó la plata si no que siguió echándola en las ocho pianolas del lugar. La que más duro sonaba era una que parecía una catedral de luces de colores. En ésta tocaba su canción preferida; un sonsonete que decía dizque “tus manos queman, tu mirada engaña, tu aliento contagia, tu corazón embrolla...”

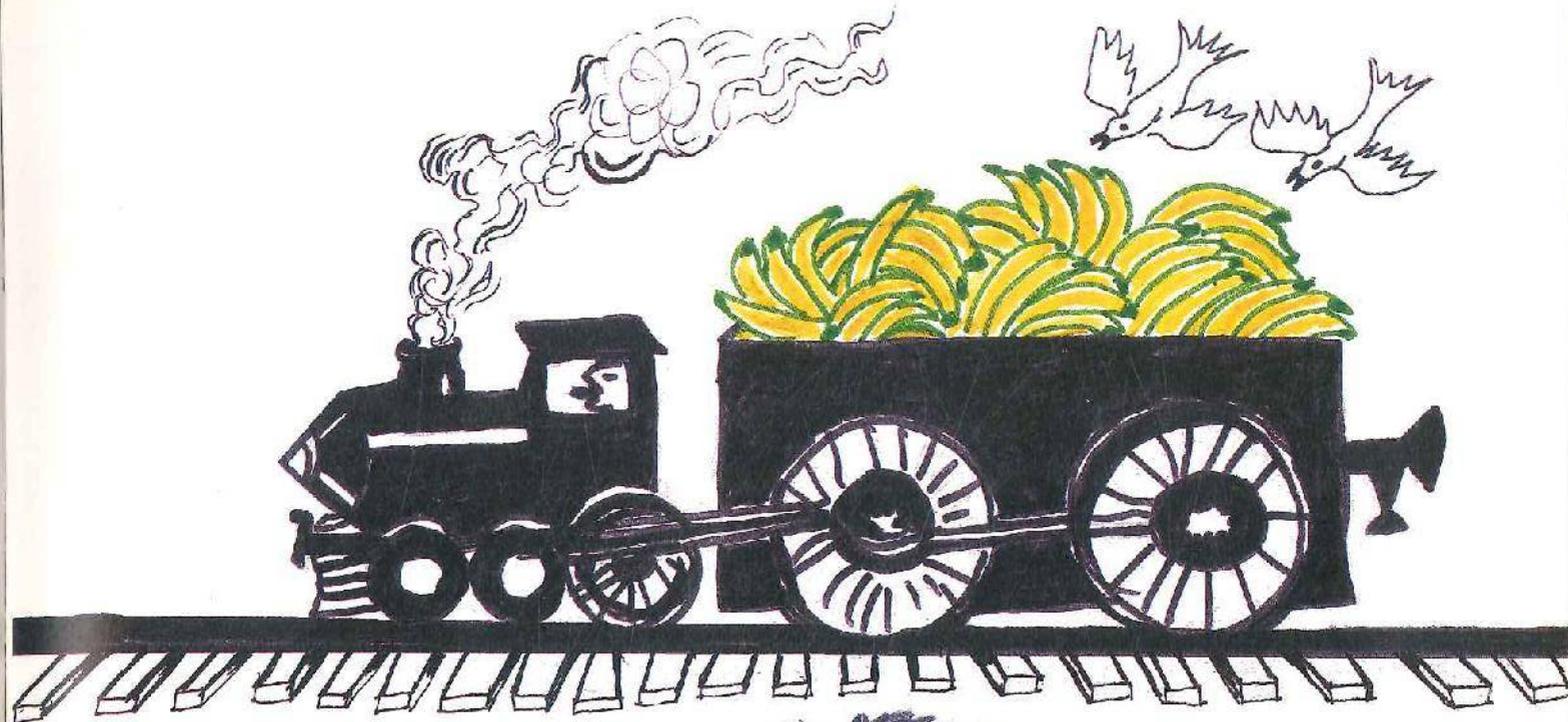
El Duende siguió bailando y reinvertiendo la plata en las cantinas. Los trenes llegaron, rechiflaron mientras recogían a los turistas y se fueron, iluminando la noche con su ojo tuerto.



Maetokkuvälär

El Duendecito no paraba de bailar y siguió bailando aun cuando le dolían los pies y no sabía qué nuevos pasos inventar. Bailó hasta que dio la medianoche, cantó el gallo, amaneció, se olió el chocolate del desayuno, pasaron los arrieros, dieron las doce del día, hubo almuerzo, regresaron los niños del colegio, volvieron los del trapiche, prendieron el alumbrado público, sonó la fritanga, se oyó el rosario, se apagaron los radios, pasó el tren de carga y se durmió todo el mundo.

El Duende cayó desfallecido a los pies de una estatua de la Virgen que adornaba el lugar. Se sintió muy cansado y feliz durmiendo bajo las estrellas rutilantes: las lucecitas eléctricas que se prendían y apagaban en la corona de María.



Maeterlinck velle

El muchachito azul despertó a los pies de la Virgen con las luces apagadas. Respiró el aire. Su nariz le hizo dar una vuelta entera y sus ojos se posaron en una línea en el horizonte, era una columna de humo dulce que salía del trapiche. Allí dirigió sus pasos, con su alma de explorador y el deseo de curiosear.

Caminó todo el día aguantando tanta hambre que las tripas le sonaban como un acordeón. Por el camino fue encontrando hostias recortadas pero no se comió ninguna. A eso de las cinco de la tarde al acordeón se le unió toda una banda de pueblo que le tocaba el bambuco de la vigilia desde el duodeno hasta el intestino delgado.

Cuando ya divisaba los muros del trapiche, la humareda tenía el tamaño de la de un tren y el aire olía como a huracán de melcocha. Las mulas bajaban con las primeras cargas de panelas calientes envueltas en hoja seca. El Duende se hizo a un lado para que los arrieros no lo vieran.

-“Mirá, el camino está lleno de hostias rotas”, dijo uno de ellos. “El cura mocho tiene misa esta noche”.

Sus compañeros rieron pero no hubo uno que no se hiciera la señal de la cruz con mucho disimulo.

El fuego de las pailas ya se estaba apagando y los últimos trabajadores se arreglaban sus ruanas en los hombros y se peinaban con peinillas de colores que sumergían en totumas de agua. El oro artificial de los relojes de pulso reflejaba el sol del atardecer encandelillando al Duende. Se prometió comprarse un relojito tan pronto como pudiera para así no ir a perderse las horas de las comidas y las siestas. Con todos esos ajetreos en los que andaba, subiendo y bajando montañas, a veces se le olvidaba almorzar y lo cogía la noche con una hambruna muy desoladora.

Finalmente los hombres quedaron muy peinados, con el agua chorreándoles por las sienes y mojándoles el cuello de las camisas de rayas. Los que tenían caballo o mula se montaron y los demás salieron de a pie. El primero en llegar a la portada la abrió para que los otros pasaran. En esas apareció el celador que venía a vigilar el sitio durante la noche.

-“Hola mano”, lo saludó uno de a caballo. “No viste las hostias?”

-“Pues sí, cómo no iba a verlas. Y para qué son?”

-“Como eres de bruto; son del cura aquel que anda sin cabeza por ahí asustando”.

-“Y se le regaron o qué?” preguntó el celador que era caidísimo del zarzo.

-“Pero tú sí caray. Lo que pasa es que hoy tiene misa de ánimas. Aquí mismito en el trapiche”.

-“Qué ni se lo sueñe. Aquí nadie dice misa mientras yo esté de guardia. Ni mi madrecita -que en paz descanse-. Para eso tengo esta escopeta”. Todos rieron ante la inocencia del muchacho. El Duende también sonrió pues aunque no sabía bien que era lo que iba a pasar esa noche le pareció que debía ser algo muy espeluznante.

-“No seas bobo” dijo uno de los de a pie. “El cura ese es a prueba de balas y a los que le curiosen su ceremonia los parte en dos como a las hostias que viste”.

-“En dos? Así no más?” preguntó el celador dándole ya un sudor bajo los brazos.

-“Depende de cuantas bendiciones te dé, zonzo” exclamó el de a caballo. “Con tres señales de la cruz quedas en seis pedazos”...

-“La vaina parece grave”, dijo el celador. “Vámonos todos a colocarnos unos aguardientes al puesto. Parece que el trapiche lo cuida bien el fraile ese”.

El Duende se acercó a una paila de cobre que olía mejor que perfume de botica. Metió el dedo gordo del pie, el líquido estaba espumoso y de lo más provocativo. Se llevó el dedo a la boca y estuvo chupándose todo el pie un buen rato hasta que ya no le sabía más ni a guarapo ni al camino que había recorrido ese día. La sed y el hambre eran tales que las tripas se le habían entretejido en un nudo ciego. Decidió sorberse toda la pailada y para ese efecto se paró en el borde de cobre; estiró los brazos sobre la cabeza como había visto a los nadadores hacer cuando iban a tirarse al río, dio un brinquito y se zambulló de cabeza en el líquido. Se puso a chapalear en círculos y espirales y cuando se hundía no se preocupaba por salir a tomar aire sino que más bien abría la boca para tragarse litros de guarapo.

Al rato dejó de nadar pues el alcohol se le había subido a la cabezota y además ya se había bebido toda la pailada y la barriga hinchada tocó el fondo. Quedó atascado como un barco al cuál le bajan la marea sin aviso previo y amanece en una playa llena de bañistas. Le entraron unos escalofríos que lo hacían vibrar desde los pies hasta las orejas, como si se hubiera tragado un tiple ordinario.

El estómago lo tenía inflado y a duras penas pudo salirse de la olla; tambaleándose, más que caminando, dio tres pasos para adelante y dos para atrás tantas veces como fue necesario para llegar al jarabe. Cayó de cabeza en la paila, pero el fuego lo habían apagado los trabajadores al final del día y el líquido se había endurecido.

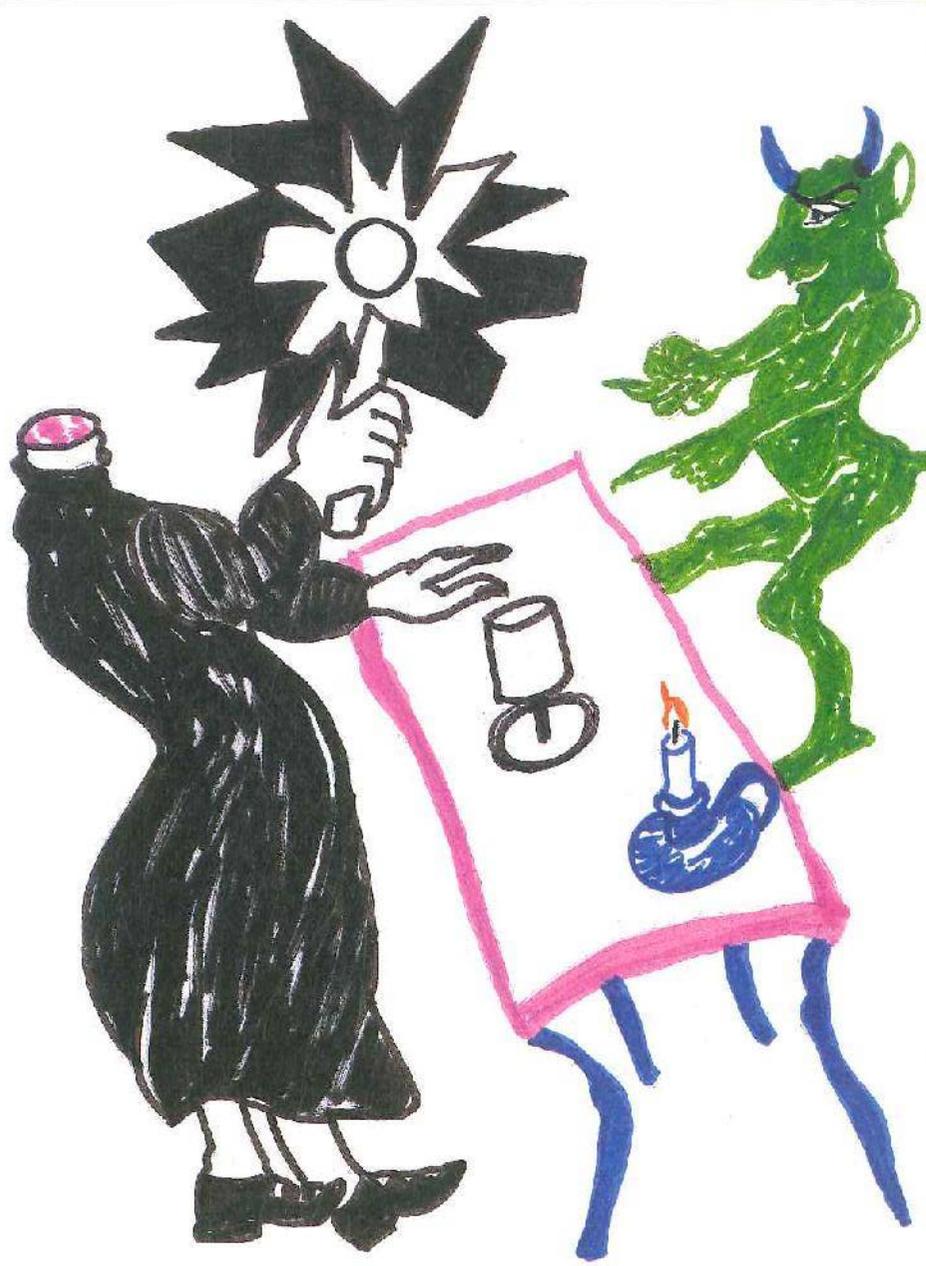
Le salió un chichón en la frente y quedó sembrado patas arriba en el caramelo. Se masticó todo el entorno y logró dar la vuelta y sacar la cabeza. No pudo seguir comiendo al sentir acentuársele la borrachera. El trapiche arrancó a dar vueltas tan rápidamente que él no alcanzaba a seguirlo con los ojos. Las pupilas parecían molinos de batir chocolate. Bregó para que le diera sueño y después bregó por salirse de la paila pero la panela lo aprisionaba y no pudo mover ni los pensamientos. Se acordó del hijo de la Llorona y lo compadeció aún más ahora que conocía la cárcel del dulce. Las ideas no le funcionaban y sintió más aburrición que en un velorio de bobos. Se habría puesto a llorar su suerte pero por más que estrujaba los músculos de la tristeza no le salían lágrimas y acabó por juagarse de la risa.

Se calló de súbito. Algo venía por el camino de herradura. Era una cruz de guadua a la cual le faltaba el travesaño horizontal. La sostenía un cura de sotana negra y cinturón con puntillas de herrar que parecían perforarle la carne. Calzaba zapatos negros que en vez de medias llevaban vidrios rotos y tachuelas oxidadas. Caminaba vadeando los charcos del sen-

dero y gozándose cada paso de dolor. Pero lo más raro era que le faltaba la cabeza.

El religioso pasó por el portal sin tener que abrirlo siquiera y clavó la cruz en una pila de costales vacíos. Organizó el altar sobre una mesa donde dejaban las panelas a enfriar. Allí colocó un cabo de vela, un cáliz hecho de latas de sardina y un rompecabezas de hostias. Todo quedó muy ordenado sobre un pañuelo que había pasado más de un catarro. Recorrió el trapiche con la vista y el Duende, aunque no era muy cristiano, pidió la intercepción de todos los santos para que -por favorcito- el cura no lo fuera a ver ahí atascado en la palangana de dulce y que si le veía la cabeza sobresaliendo de la paila no se le fuera a ocurrir llevársela sobre los hombros para usarla él. El Duende se imaginó al cura con su carita azul y se le hizo muy regular, pero más horrible fue imaginarse él mismo sin cara. Cómo iba a comer? Y a respirar? Y a sonarse? Y a oír los pájaros? Y a quitarse las lagañas de mico? Y a reír? Y a rascarse las orejas o ponerse el sombrero?

Aparentemente el santoral entero intercedió para que el curita no lo viera. Pero el Duende se puso a divagar sobre lo bobo que había sido; como al religioso le faltaba la cabeza también le faltaban los ojos por lo que debía ser ciego como una tapia. Así y todo, el fraile detuvo la vista en una palangana que yacía volteada en un rincón y se dirigió allí. Se puso a golpear el cobre con un palo, talán, talán, como una campana de iglesia de verdad llamando a los feligreses. El portón se abrió y dejó pasar al Anima Sola. Sola sí venía, pero más que ánima parecía una bocanada de humo de cigarro. Quién sabe qué pasaría si uno se la fumaba. Se acercó despacito como quien no quiere la cosa y se sentó sobre una totuma frente al altar. Ahí estuvo esperando a que el cura se decidiera a decir la misa. El portón se volvió a abrir y entraron las ánimas benditas, cotorreando como humo de cigarrillo fino; se posaron sobre una pepa de



Maestros viles

mango y aunque eran más de mil todas cabían allí y sobraba campo para otras mil.

El cura comenzó la misa por el final, hablando latín enrevesado y a toda carrera para terminar rápido y poderse largar. No logró ni llegar al sermón pues en esas apareció el Patas y que desbarajuste el que se armó. El fraile le hizo la señal de la cruz y el Patas —que es el mismísimo diablo— le contestó haciéndole pistola. El Patas se llama así porque tiene más ancas que un perro negro y cada vez que levanta una se orina en un cristiano y le hace cometer una maldad. Así es como la gente se vuelve pecadora. Es un asunto muy terrible y ni el cura descabezado posee poder suficiente para resolverlo.

Sin embargo el religioso intentó el soborno con una panecita, pero el endiablado le despelucó las axilas. Le tiró entonces todas las hostias rotas a la cara que la tenía feísima —como de iguana trasnochada— y el muy satánico no hizo más que lamérselas con una lengua enorme y peluda. Después de eso le dieron ganas de fumar cigarrillo y se aspiró a todas las ánimas benditas. Estas gritaron e hicieron escándalo pero no lograron escapar a las chupadas del maldito. El Anima Sola sí se quedó muy campante en su totumita pues sabía que al Patas el olor del cigarro le producía tos. Al cabo el Patas exhaló el humo por las orejas y las ánimas volvieron al mundo; se sentían un poco anémicas y más etéreas que de costumbre pero en todo caso dieron las gracias y salieron en volutas camino del purgatorio.

El cura se había desmayado y no daba ni la lata. Al Patas no se le ocurría que más malestar causar. Casi se le salen los ojos de puro malévolo al ver la cabeza del Duende. Se le acercó a pasos chicos para que se asustara bastante y al llegar a la paila le estiró las uñas. El sombrero se lo quitó sin que el Duende dijera ni mu; estaba ocupadísimo inventándose una retahila bien tergiversada para ver si el diablo caía.

- "Quién eres tú?" preguntó el luciférico como si estuviera conversando en un bar.

- "Pues verá señor", dijo el Duende con una vocecita más de ultratumba que cualquier ánima. "Yo me estoy sorbiendo toda esta pailada de panceta por el trasero".

- "Con que csas tenemos eh?" Y se puso a pensar pues había quedado patidifuso. "Por el trasero dijiste?"

- "Sí señor".

- "Y eso por qué?" volvió a preguntar el diabólico.

- "Para que sepa más bueno", le respondió el Duende chasqueando la lengua y haciendo caras de la delicia en que estaba.

- "Sálte de ahí ya".

- "De aquí no me saca ni el Patas hasta que me suerba toda la pailada", contestó el muchachito con aire de convencimiento.

- "Pues yo soy el Patas".

- "Usted?" Y le entra qué ataque de risa fingida al Duende. "Usted es el Patas y no sabe comer al revés? Juá Juá".

- "Y eso es que es muy bueno?" Al diablo ya le brillaban los ojitos de reptil.

- "Lo mejor que hay, créame".

El malencarado cayó en el truco y le comenzó a rogar al Duende para que le dejara dar una probadita.

- "Te doy todo el oro del mundo".

- "Oro? Y yo para qué oro?"

El diablo trató de tentarlo con juguetes, dulce de papayuela, un gorro de paja, imágenes de las ánimas, una radiografía de la Virgen, ocho bultos de mangos, una recua de mulas y hasta bocadillos de por vida.

- "Qué dices?" Preguntó al fin.

- "Ay señor no le oí nada porque estaba aquí gozándome una esquinita de la paila que está muy azucarada".

Al demonio casi le da una rabieta.

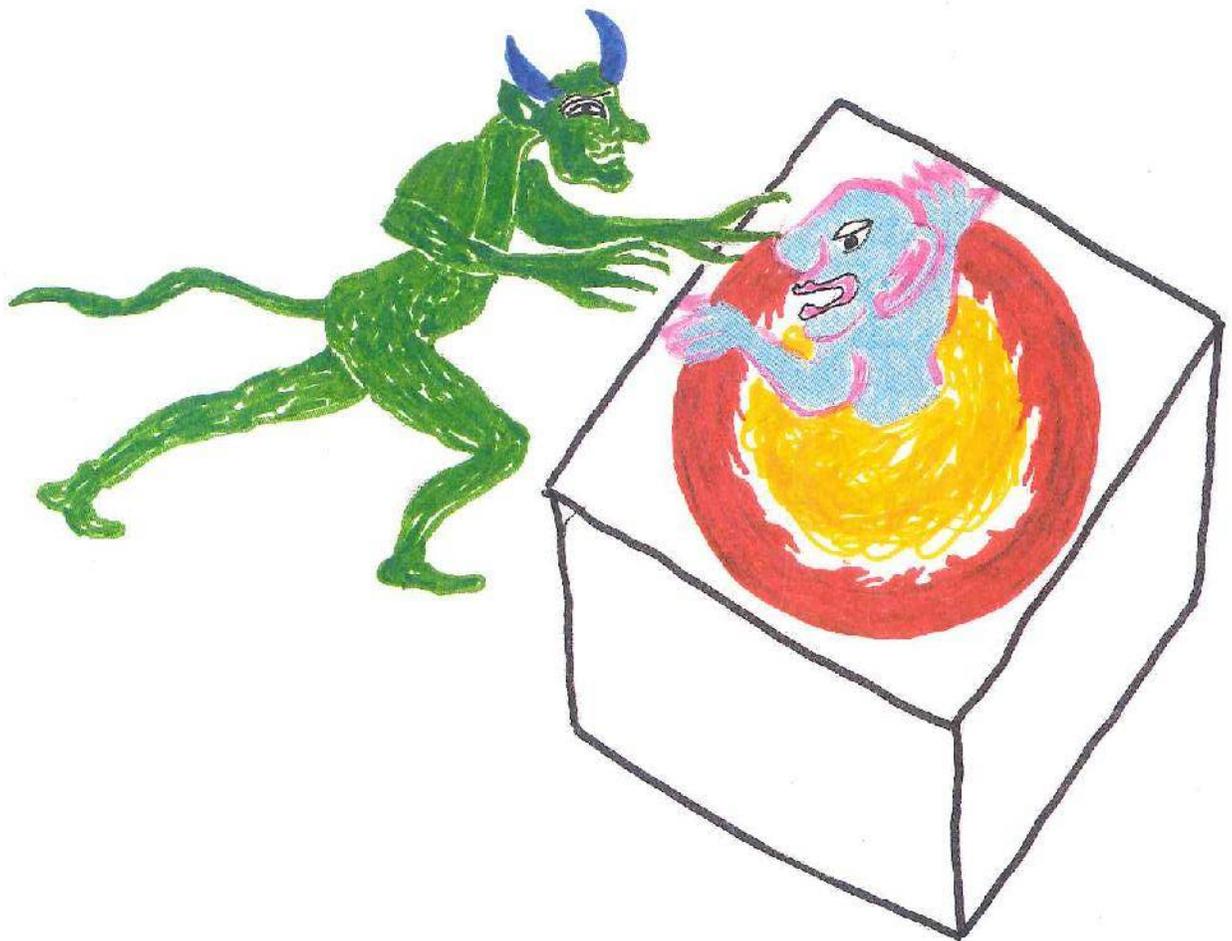
- "Te doy todo lo que me pidas hasta la inmortalidad y te encimo la cabeza del cura ese que la tengo por ahí escondida en una cueva secretísima".

- "Le hago un trato señor", dijo el Duende cediendo un trinito. "Usted le prende candela a la hoguera para que se me quite el frío y yo lo dejo meter en la paila hasta la madrugada".

- "Me parece muy bien", dijo el diablo. Murmuró un encantamiento en latín e instantáneamente los troncos debajo de la paila se pusieron al rojo vivo.

- "No está mal, eh?" Preguntó sin humildad alguna.

- "Ahí, para el gasto", le contestó el Duende riendo pues ya sentía que la panela se estaba licuando con el calor y podía mover los dedos de los pies. Siguió saboreándose un rato más para que al Diablo le entraran más ganas. Pero por debajito se estaba liberando de su prisión. A cada rato el diablo preguntaba que si ya se iba a salir y el Duende le aseguraba que sí, que ya



Maetaakua vellez

estaba en el postre. Cuando se derritió toda la panela el muchachito dio un brinco y aterrizó a los pies del Patas.

- "Su turno señor". Pero el infernal ya estaba nadando en el jarabe y trataba de sorber por detrás pero no podía.

- "Qué tengo que hacer?" Preguntó el diablo.

El Duende le replicó que primero le iba a apagar la hoguera para que no se calentara demasiado y que después le explicaba. Se puso a echarle totumadas de agua a las brasas hasta que se apagó todo.

- "Ahora sólo tiene que esperar a que se endurezca".

- "A que se endurezca? Y si me quedo atascado aquí?" preguntó el maluco con sospecha.

- "Qué se va a quedar atascado, señor Don Patas. Si se va a sorber toda esa pailada como Dios manda".

- "Ah sí claro, esperemos entonces".

El Duende se sentó en un banquito junto a la olla. De vez en cuando metía el dedo en el jarabe a ver si se estaba endureciendo y le decía al diablo que tranquilo que ya casi y que estuviera listo para el banquetazo que se iba a dar. Cuando no pudo meter el dedo de lo dura que estaba la superficie, le dijo al diablo que ya.

- "Ya qué?" Preguntó el sardónico que se estaba quedando dormido.

- "Ya te jodiste porque de ahí no te saca nadie". Y salió a la carrera. Al pasar por el portón gritó: "Pujá para adentro maldito. Pujá para adentro". Y corrió camino abajo muerto de la risa.

Al Patas lo machetearon los trabajadores al otro día. Lo llevaron al pueblo todo vuelto picadillo y se lo mostraron al cura. Este dio un sermón por el altavoz felicitando a los trabajadores que hacían los oficios de Dios, les repartió medallitas y mandó quemar los restos del diablo. Sin saber que el diabólico revivía con el fuego, pues al fin y al cabo el infierno eran puras llamas.

El Duende se pateó todo esto, incluyendo el discurso. En un momento dado levantó la mano como había visto hacer a los niños en la escuela y le gritó al cura que el infierno no podía existir porque como era de candela ya se habría quemado. El cura lo acusó de hereje y mandó a los del trapiche a que lo echaran a puntapiés de la plaza.

Más allá del páramo y de las sementeras de papa, la tierra no era húmeda sino que empezaba a secarse y los sembrados eran de fique y de cacao. Las casitas de los campesinos colgaban de la ladera como adornos de navidad de los cuáles salían aromas de buñuelos y natilla. Mientras pensaba qué conseguirle a la Madremonte de regalo, el Duende se fijó bien en el camino. Había unas como quemazones cada tanto, como si alguien se hubiera puesto a hacer fogatas junto a los árboles, ennegreciendo los troncos y quemando buena parte de las ramas y las hojas. Sin lograr averiguar más el Duende concluyó que debía ser trabajo del Patas y de alguno de sus compinches que estaban practicando las artes incendiarias. El camino estaba tan lleno de ceniza y fuera de eso el sol brillaba tan fuerte en esa región, que al Duende le entró una sed de racamandaca. Buscó un pocito o una zanja entre los matorrales pero todo estaba seco. Al atardecer ya, cuando la garganta se le había puesto arenosa, llegó por los lares de una casita. El Duende atisbó detrás de un tronco, pensando a ver si se aventaba a pedir un vaso de agua o hasta de pronto una limonada. Pero qué raro; la casita estaba toda negra como un carbón y las matas alrededor, lo mismo, quemadas de raíz. Resolvió acercarse con sigilo a ver si había alguien o si el Patas se había comido a todos los

habitantes o quién sabe qué. Se deslizó como un gusano por el jardín en cenizas y se asomó por una puerta que daba al patio interior. Todo estaba carbonizado allí dentro, el radio, las sillas, un pajarito en una jaula. Los cuadros de Nuestro Señor y de la Santísima, negros, lo que se dice negros. En el patio había dos comadres meciéndose en sillas carbonizadas, pero él no supo si los vestidos los tenían tiznados o si estaban de luto.

- "Imagináte", dijo la una. "Justo cuando había mandado echarle cal a todos los muros del rancho y se veía tan lindo todo blanquito y limpio".

- "Los designios del Señor", replicó la otra.

- "Qué designios! Yo que para hacer la caridad me puse a conversarle a la viejita esa que llevaba todo el día ahí sentada en el camino. Le llevé un vasito de jugo de guanábana y se lo sorbió en un dos por tres, sin tomar aire siquiera".

- "Los designios del Altísimo".

- "Scrá? Y se pone a contarme que hace dos días que no come bocado. Y yo le digo que a dónde está la caridad cristiana. Pero ella dice que es que a la gente le da miedo invitarla a comer o cualquier cosa, pues ella es tan fea y tan rara y que además tiene esos problemas en el estómago".

- "Los designios del Padre".

- "Pero no era fea ella, lo que se dice fea, eso sí tenía un aliento como a chamusque que se me hizo como raro, pero de ahí no pasaba. Y se me ocurrió que con una sal de frutas después de las comidas se le compondría la digestión y para demostrárselo la invité a almorzar unos frisolitos que había estado cocinando con el mayor esmero. No te imaginás la felicidad de la vieja y

cómo se tragó la pailada entera en un abrir y cerrar de ojos, con aguacates y chorizos, arrocito y tajadas. Yo apenas probé bocado regocijándome de mi buena acción que de seguro me sería recompensada. Le dije que saliera al patio a reposarse y me puse a lavar los trastos mientras rezaba el rosario con la otra mano. Al rato la mujer empezó a hacer la digestión produciendo toda clase de ruidos por boca y trasero, aquello sonaba como el fin del mundo. Yo le preparé un efervescente de esos que vienen en el sobrecito azul y no te imaginás”.

- “Los designios del Todopoderoso”.

- “Salgo al patio a darle el vaso y me percató de que está todo chamuscado, las plantas secas y las paredes negras como si hubiera entrado una locomotora y la vieja parada en un rincón pues la mecedora está en llamas y en cada viento que se echa le sale una llamarada por el trasero que huele como a totes y pólvora de navidad. Ahí mismito me doy cuenta de quién es, la Candileja claro. Y yo de bruta dizque invitarla a una frisolada. La saqué a escobazos del rancho pero ya viste como dejó el jardín y todo el camino hasta el pueblo”.

- “Los designios del Impenetrable”.

El muchachito no se perdió palabra de toda esta historia. El había oído mencionar a la Candileja pero nunca se la había cruzado en sus andares. Todo el mundo sabía que era una quinceañera que se había tratado de matar en una navidad y se había comido una docena de totes, pero en vez de dejarla estirar la pata le habían hecho un lavado con aguardiente y su familia había estado tan triste y apesadumbrada, que a la niña terminó por darle mucha vergüenza y en vez de recuperarse del veneno, se puso a envejecer ahí en plena cama y desarrolló su gran problema estomacal. Le trajeron un caldito de pollo y unas galletas y se las comió feliz pero al terminar le dio una flatulen-

cia que quemó la cama y media manzana del pueblo. La tuvieron que echar a la calle pues qué dirían los vecinos, esos gases olían y seguían flotando en el ambiente.

El Duende siempre había querido conocer a la Candileja y de pronto hasta desafiarla a un concurso de eructos. Resolvió irse sin pedir el vaso de agua ni nada y bajando por el jardincito en cenizas, husmeó los incendios con mucho cuidado. El rastro de la vieja lo condujo por la trocha de herradura y luego a la carretera que llevaba al pueblo. El Duende se quedó pasmado al ver tanta quemazón a lado y lado del camino. Y no podía comprender cómo era que una viejita podía causar tanto daño. El aire olía a voladores, volcanes de luces y totes de azufre. Cuando comenzó a oscurecer se sentó en un recoveco del camino y se puso a asar un choricito que tenía en el bolsillo hacía ya días, no le tocó encender fogata sino que le bastó con las brasas aún ardientes de un guadual que había tenido la mala suerte de encontrarse en el camino de la Candileja. Se disponía a echar un sueñecito cuando qué es lo que sube por la carretera, rechiflando y echando gases como un bus destartado: la mismísima Candileja. Que ajetreo de luces y sonidos le salía por todos los poros. Tenía los ojos rojos encendidos y por el trasero le explotaban volcanes.

- "Señora Candileja", llamó el Duende.

- "Quién, yo?" Preguntó la vieja esparciendo un intensísimo aliento a ajo y fósforo blanco.

- "Sí Señora, arrímese de para este lado".

La vieja —que no era nada tímida— se disponía a sentarse junto al Duende, pero éste le gritó:

- "Ahí de lejitos mejor, no vaya y me chamusque".

- "Sí claro. Y usted quién es andando a estas horas por estos lugares tan tenebrosos?"

El Duende no se demoró mucho contándole detalles pues lo que él quería era hacer negocios con la vieja.

- "Le propongo un negocito de maravilla, Señora Candileja".

- "A ver, soy toda oídos", contestó la vieja apuntando con un remolino en reversa.

- "Qué le parece si instalamos una ventica para las navidades. Aquí mismo en la carretera armamos un toldito y nos ponemos a vender buñuelos. Yo me encargo de amasarlos, usted les pone candela y así nos economizamos el aceite que está tan caro".

- "Pues suena bien muchacho. De pronto hasta platica hacemos".

- "No lo dude un momento. La idea no tiene pierde".

El Duende se pasó la noche recogiendo pedazos de árbol tiznado para hacer una enramada donde pudieran instalar el negocito. Tejió un techito de palmas y puso un letrero que decía "Buñuelos frescos". A la mañana siguiente estaba todo listo y se puso a amasar con unos quesitos que compró en el pueblo, mientras que la Candileja tragaba pailadas de frisoles dizque para poder echar harta candela.

- "Avíseme cuando me necesite", gritó la vieja.

- "A las doce pasa el bus de turistas. A que les vendemos todos los buñuelos de una!"



Maetadeuaviler

El Duende amasó tres docenas y los apiló muy lindo en forma de pirámide sobre una mesita de chamizos. Calculó que lo mejor era meterles fuego por una esquina y faltando diez minutos para el bus, llamó a la vieja.

- "Déle no más por aquí", le dijo el Duende señalando con el dedo.

- "Listo. Hágase a un lado no vaya a quemársele el gorro". Y la vieja se pone a pujar pero no pasa nada.

- "Apúrese", exclama el Duende. "Ya va a pasar el bus".

- "Ay! Es que me da como vergüenza. Voltéese para el otro lado y no me mire". La vieja se concentró pero nada! La candela no salía.

El bus ya se oía por la curva y era cuestión de momentos para que pasara frente a la venta.

- "Alcánceme esa ollada de frisoles", gritó la vieja. Y de un bocado se manduquió tres libras con garra, se le curó el constipe, y se echó el pedo más grande en la historia de la humanidad. Este vino acompañado de un ruido apocalíptico y un candelazo que fogueó más allá del pueblo. El toldito se desmoronó y a los del bus les entró tal pánico que le suplicaron al chofer que aumentara la velocidad. Los buñuelos se los llevó el viento maluco aquel y por más que los buscaron trocha abajo y por la quebrada no encontraron nada.

Al ponerse a hacer cuentas a ver cómo les había ido en el negocio resultó que perdieron mucha plata. Que los quesitos, la harina, la sal y además seis pailadas de frisoles con garra.

- "Yo con usted no hago más negocios porque me sale muy caro".

- "Ay! Pero niño! Mire que yo me compongo", dijo la vieja.

- "Qué componerse, si lo que pasa es que ni en sus churrias puede uno confiarse".

Y dicho esto, la vieja se voltea y le lanza una tamaña al Duende. Y hasta ahí les llegó la amistad. Cada uno salió por su lado sin decir ni adiós.

El duendecito azul pasó las navidades muy solo caminando por los sembrados y husmeando los aromas que salían de las cocinas; buñuelos, manjar blanco, natilla, pastelitos de guayaba. Se los olió todos.

Por las noches se encaramaba a un árbol a mirar los globos y las bengalas que tiraban en el pueblo. Le gustaba perseguir globos y una vez alcanzó uno de papel de muchos colores. Sin saber cómo volver a elevarlo le prendió chamizos y atados de hierba seca, pero el papel comenzó a quemarse y el globo se consumió en un dos por tres, con tan mala suerte que las llamas se le contagiaron a un sembrado de caña. El incendio comenzó a crecer tanto que parecía obra de la Candileja. A falta de agua lo tuvo que apagar a sentadero limpio.

Le dolió tanto la cola que no pudo sentarse durante una semana. Le tocaba dormir parado como las garzas. Era un sueño muy ligero del cuál se despertaba a menudo como si alguien lo estuviera llamando. Afinaba el oído, miraba para los cuatro lados, orinaba un poquito, cambiaba de pie y volvía a cerrar los ojos. Al rato, otra vez:

- "Duendecitooo..." Pero nada.

Pasó mucho insomnio con toda esa llamadera.

Una noche la tierra se remeció y el Duende supo entonces que era la Madremonte que lo llamaba. Salió a la carrera de para allá.

Atravesó el valle en tres brincos, cruzó un cafetal enorme y se echó a rodar por un despeñadero de lo más traicionero. Ni siquiera se detuvo a limpiarse el pie que metió en un cagajón del camino.

A los seis días encontró a la Madremonte tirada en un tierrero. Estaba muy achicopalada pero se animó a pararse y a mostrarle al Duende lo que había pasado. El que antes había sido un mocho de río que en las crecidas tumbaba morros y arrasaba platanales enteros se había convertido en un hilito de agua sucia que ni para hacer buchec servía. Como quien dice, se le había secado hasta el alma.

- "Tengo sed". Murmuraba el Mohán con una voccecita muy desalentada. "Dénme agua".

Pero de dónde iban a sacar agua? Si además hacía un mes que no llovía.

Al Duende se le ocurrió una idea; se pasó toda la tarde encaramándose en las palmeras y tumbando cocos que la Madremonte partía a puro colmillo para rociar el río con agüita dulce. Ahí pasaron mucho rato, hasta bien entrada la noche, pero el río seguía seco.

- "Así no vamos a ninguna parte", concluyeron.

Y claro, como las cáscaras de coco las iban echando al río; pronto llegó el momento en el que ni el agüita sucia se veía.

- "Ahora sí nos jodimos", dijo el Duende.

La Madremonte se puso a gemir desconsolada mientras el Duende se concentraba requetefuerte a ver si se le ocurría algo.

- "Debe ser que se atrancó por allá arriba", exclamó al fin. "O de pronto se cayó en un hueco el macho".

Resolvieron subir el cauce a ver si encontraban al Mohán por ahí escondido o si era que se había desviado con el verano o de pronto quién sabe qué. El amanecer sorprendió a una mujer que ya parecía un arbusto seco de la tristeza y a un niño cansado y polvoriento caminando por sembrados, entre plátanos por aquí y cañas por allá. Los ojos los mantenían bien abiertos para no irse a caer en el hoyo que se debía haber tragado al Mohán. Cuando oscurecía se acurrucaban contra una roca para que no los agarrara el frío. Tan apesumbrados estaban que no lograban dormir y se pasaban la noche en vela, atisbando y parándole oreja a unos ruidos rarísimos que jamás habían escuchado.

Al amanecer se desayunaban las papayas o las guanábanas que rodaban hasta sus pies. Parecía que la montaña entera les ayudara en el viaje. Hasta los cañaduzales más tupidos se separaban en dos para dejarlos pasar. A la hora del almuerzo se topaban una zorra atontada y a tiro de piedra o una iguana dormida y repleta de huevos.

Anduvieron mucho; a veces les tocaba escalar los peñascos de las cascadas resacas. Pero a medida que subían, los árboles aparecían deshojados y las flores secas. Las hormigas, al no encontrar que comer, se habían enflaquecido tanto que se las había llevado el viento. Sin ir más lejos, la montaña entera estaba hecha un revuelo de pájaros y animales que se desperdigaban para todos los lados. Nudos de culebras, rebaños de ciervos, bandadas de patos de monte se cruzaban en el camino del Duende y la Madremonte una y otra vez como si no supieran para donde ir. Hasta las vacas se habían escapado de las fincas



Maetaaleuaviler

y mugían por todos lados haciendo sonar las montañas como un acordeón.

Un día de esos amanecieron y se pusieron a jugar con cuanta guama caía de un árbol muy grande. Lo que sí les parecía extraño era que por más que hacía mañana el sol no alumbraba y las mariposas volaban sin colores en las alas. Todo estaba muy oscuro y húmedo como en una caverna muy honda.

- "Esto está más raro que guayaba sin gusano" dijo el Duende y en esas miró para lo alto y vio una cosa enorme y gris. Se quedó ahí tieso mientras la boca se le abría enorme del desconcierto. En todas sus andanzas jamás había visto una pared tan grande, llegaba hasta las nubes. Los pájaros que seguían su vuelo creyendo que el cielo se había nublado e iba a llover se sorprendían al estrellarse contra el concreto, desplumándose instantáneamente en un reguero de tripas y sangre.

La montaña entera venía a matarse en el muro. Las iguanas pegaban carrera desde lejos y se botaban de barriga contra la pared haciendo que se les explotaran las entrañas y se les desparramaran los huevos. Los venados embestían con sus cuernos y al quebrárseles, seguían golpeando la piedra con la cabeza hasta caer descalabrados. Los alacranes se enloquecían al no poder encaramarse por la superficie lisa y se suicidaban pinchándose ellos mismos con sus colas envenenadas. Sapos, zorras, culebras, mariposas, grillos, micos, zancudos, tarántulas peludas, cucarachas, murciélagos y chigüiros se atropellaban buscando un sitio donde morir.

El Duende y la Madremonte se acercaron con cautela.

- "Claro, aquí dentro fue donde se atascó el Mohán", dijo el muchachito poniendo la oreja en la fría superficie. Le pareció oírlo allí dentro y se puso a gritar:

- "Hoola! Estás ahí?"

La voz del río contestó con un murmullo de muerto.

- "Sal que te estamos esperando", gritó el Duende nuevamente.

Pero el río dijo que no se podía salir. Que lo tenían encerrado y que lo estaban convirtiendo en electricidad.

- "Y eso es qué?" preguntó la Madremonte.

El Duende le explicó que al Mohán lo estaban mandando por esos cables que cruzan el valle y que lo hacían salir en forma de luz por los bombillos de los ranchos y en la corona de la Virgen.

Pero la Madremonte jamás había visto un foco y se quedó en las mismas. Le dio por arañar la superficie a ver si lograba hacer un huequito para que saliera el Mohán, pero lo único que consiguió fue quebrarse tres uñas. Le entró una gemidera de lo más amarga y comenzó a tirarse de cuerpo entero contra el muro. Se hizo daño de verdad; las orquídeas de su cabeza perdieron los pétalos y se le partió la pata de palo. El Duende trató de alzarla para llevársela a otro lugar donde no sintiera tanto dolor pero ella insistió en que se quería quedar ahí, acompañando al río y que no importaba si se moría.

Al Duende casi se le parte el alma. Se alejó del lugar y se internó en la selva buscando un sitio donde sí pudiera salir el sol.

FIN



Marta Elena Vélez

Reconocida pintora antioqueña, ha participado en innumerables exposiciones en Colombia y en el exterior

*"Selvática Marta Elena
reina del trópico
emperatriz del arte de la montaña
princesa de la ciudad de Medellín"*

Jorge Holguín

*"...Lo único malo de Marta Elena
es que hasta pintando hace arte..."*

Juan Camilo Uribe

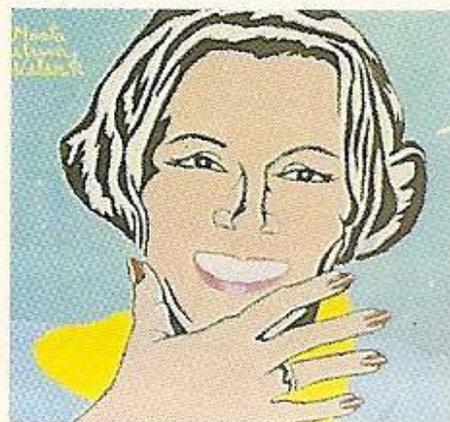


Cuando Marta Elena Vélez le presentó a Jorge Holguín el monumento a la Madremonte en el Cerro Nutibara, Jorge se enamoró de éste personaje y de los demás seres míticos de la montaña y el río.

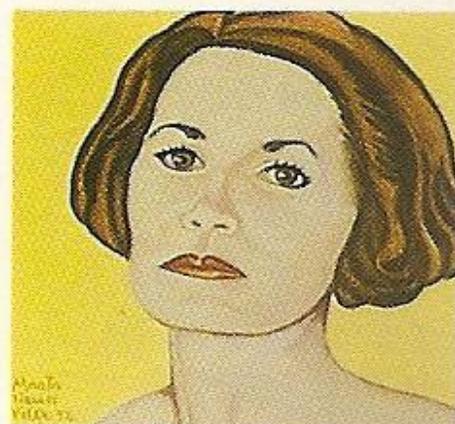
Desde entonces Marta Elena y Jorge han trabajado juntos en obras de teatro basadas en estos temas y hoy ofrecen el presente libro con ilustraciones y cuentos de la Patasola, el Mohán, el Duende, el Cura sin Cabeza, la Madremonte, la Llorona, la Candileja, el Patas y las Animas Benditas.

Siempre me ha inquietado la idea de expresar la personalidad de alguien a través de un retrato y me atreví a hacerlo, con algunos de mis amigos más queridos. Y con personajes del arte, la literatura, la política, la moda y la industria; no sin cierto temor, ya que esta es la primera vez que incursiono en esta temática.

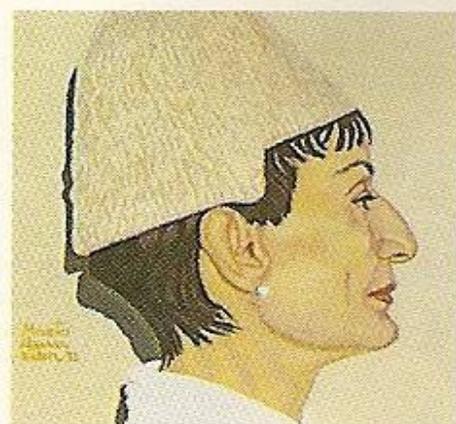
Además me entusiasmó el hecho de que este tipo de exposición no había sido realizada antes en Colombia. He tratado de captar su energía por medio del color y presentarlos armónicamente en un tamaño uniforme y discreto.



Mary Luz Uribe



Lina Uribe



Marta Elena Vélez

Obras realizadas en óleo sobre lienzo. 1992.
25 x 25 cms.

Diseño: Alberto Sierra

Fotografía: Guillermo Melo G.

Impresión: IMSERGRAF LTDA.

Medellín



Homenaje a Jorge Holguín U.
Ave prehistórica.